GABRIEL ZUCHTRIEGEL

EL ÚLTIMO VERANO DE POMPEYA

CUANDO LOS DIOSES ABANDONARON EL MUNDO

Traducción de Ibon Zubiaur

PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección Historia y pensamiento, 67

Título original: *Pompejis letzter Sommer. Als die Götter die Welt verließen*
Publicado originalmente por Propyläen, Ullstein Buchverlage GmbH

© Del texto, Gabriel Zuchtriegel, 2025
© De la traducción del alemán, Ibon Zubiaur, 2026
© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)
info@puntodevistaeditores.com
puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Luis Porras Vila
Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro
Fotografía de cubierta: *Megalografía, grupo central de la pared norte: mujer con un vestido verde, acompañada de un Sileno calvo con antorcha.*
© Parque Arqueológico de Pompeya
Fotografías de interiores: © Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, por las láminas 1, 6 y 24. © Parque Arqueológico de Pompeya, por el resto de las láminas.

ISBN: 979-13-87624-59-0
Thema: NHDA
Depósito legal: M-25101-2026

Impreso en España

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

¿Una nueva noche eterna? 9

1. Un verano que va a ser el último 11

2. La ciudad de Venus 23

3. Diana: crónica de una expulsión 63

4. Isis, madre nuestra 105

5. Muerte y resurrección de Dioniso 139

6. Cristo con la espada 183

Pompeya somos nosotros 225

Agradecimientos 233

Para profundizar en las lecturas 235

Notas 239

¿Una nueva noche eterna?

¿Quién cree vivir en una época sencilla? Solo en retrospectiva puede parecer sencilla una época; en general mucho más sencilla de lo que fue. Quizá sea así porque sabemos cómo continuó la historia, o lisa y llanamente que continuó. Que el mundo está a punto de perecer no es una idea nueva.

Cuando en el año 79 d. C. un volcán oscureció el cielo sobre Pompeya, cuenta un testigo presencial, «muchos rogaban la ayuda de los dioses, otros más numerosos creían que ya no había dioses en ninguna parte y que esta noche sería eterna y la última del universo».[1] ¿Cabe entender realmente esta ciudad y su época sin afrontarlas como una crisis espiritual?

El Imperio romano, y en particular el siglo I d. C., suele verse como una era de calma y de paz —y hasta cierto punto lo fue—. Pero muy relativamente. En la sociedad reinaba entonces un profundo desconcierto aparejado a una melancolía subliminal. Algo se había salido de quicio. De algún modo los viejos dioses y diosas ya no encajaban en el mundo, aparecían como reliquias, decorados de un tiempo perdido. A nosotros esto nos puede parecer banal, porque no son nuestros dioses. Pero para las y los habitantes de Pompeya no lo era, aunque a veces hicieran como si no les afectase.

Hay otro hecho que tampoco encaja con la imagen de una época en calma y de Pompeya como coqueta localidad costera donde en realidad se vivía de maravilla (volveremos a hablar de ello al final del libro). La época de la que ha conservado una instantánea la destrucción de Pompeya es también la época en la que arraigó un nuevo movimiento espiritual que desde la perspectiva romana resultaba una completa locura, preocupante y profundamente asocial: el cristianismo.

En este libro quiero contar cómo eso fue posible y cómo tuvo que ver con la crisis de formas de espiritualidad más antiguas. No es una obra sistemática, sino una especie de reportaje arqueológico basado en las excavaciones más recientes, que en estos años han alcanzado una dimensión inédita en los últimos setenta años.

En las excavaciones sacamos del suelo escombros de lo aparentemente accesorio, de lo olvidado y desechado. Mientras la Historia de una época es por así decir su biografía oficial, la arqueología vendría a excavar en su inconsciente. Por eso Sigmund Freud vio en Pompeya un espejo del alma humana: «En efecto», escribe, «para la represión, por la cual algo anímico se vuelve inasequible y al mismo tiempo se conserva, no hay mejor analogía que esta del entierro, como el que fue destino de Pompeya y del que la ciudad pudo resucitar luego en virtud del trabajo del azadón».[2]

Como en el estudio del alma humana, para la arqueología vale también: es esencial atender a las pequeñas cosas aparentemente secundarias, porque al igual que en nuestros sueños encierran a veces la clave para entender una gran transformación que trata de abrirse paso. La arqueología pasa a ser así un trabajo con el inconsciente colectivo, que nos ayuda a entender nuestras crisis y transformaciones —de modo que podamos dejarlas atrás y mirar con más seguridad al futuro desde las profundidades del tiempo.[3]

Una cosa más antes de empezar: sé que este libro contiene tesis controvertidas y que volverá a plantearse la pregunta de si el autor es creyente y en tal caso qué confesión profesa. No contesto a esa pregunta por principio, porque la encuentro injusta, un poco como preguntarle a un paracaidista antes del salto si realmente cree que el paracaídas va a funcionar. No preguntar tanto, experimentar más. Solo diré lo siguiente: escribir sobre historia de la religión sin ser de alguna forma religioso es como redactar una guía de viaje sobre un país en el que no se ha estado nunca.

1

Un verano que va a ser el último

«Creo que voy a convertirme en dios»

El 23 de junio de 79 d. C. murió el viejo emperador Vespasiano —de una enfermedad, no por veneno o la espada, como muchos de sus predecesores y aún más de sus sucesores—. No se sabe con exactitud lo que tenía; solo se ha transmitido que una terrible diarrea precipitó su fin. El emperador no dejó de bromear hasta el último momento. Al notar que le llegaba su hora dijo: «Creo que voy a convertirme en dios». Aludía así a la costumbre de elevar a emperadores fallecidos a dioses y consagrarles templos.[1]

Su hijo Tito lo sucedió el 24 de junio. Se temía un segundo Nerón. En la guerra contra los rebeldes judíos, que culminó en 70 d. C. en la toma de Jerusalén y la destrucción del templo, el mayor de los dos hijos de Vespasiano se había enamorado de una princesa judía. Berenice era once años mayor que él, que contaba entonces cuarenta. En 75 d. C. ella se presentó en Roma. Al parecer, Tito ordenó que le cortaran el cuello a un senador por sospechar que se le había insinuado.[2]

La princesa judía soliviantó también los ánimos porque Nerón les imputó el gran incendio de Roma del año 64 d. C. a los cristianos. Esto produjo la primera persecución de los cristianos: los acusados eran arrojados a las fieras en la arena o quemados vivos, supuestamente para iluminar fiestas nocturnas del emperador.[3]

Los romanos no realizaban grandes distinciones entre judíos y cristianos. Es comprensible, ya que ni siquiera los

cristianos sabían bien lo que eran: ¿una corriente en el seno del judaísmo o algo nuevo que también apelaba a no judíos? Cuando se generó un conflicto al respecto en la comunidad judeo-cristiana de Roma, el predecesor de Nerón Claudio expulsó sin vacilar a todos los judíos y cristianos de la capital.[4]

El Imperio en una ciudad

En Pompeya, una pequeña ciudad costera al sur de Nápoles, todo seguía su pausado curso. Tito resultó ser un buen tipo. A la princesa judía la dejó plantada, se abstuvo de emplear violencia contra potenciales disidentes. Sus retratos, que llegaban en monedas y como bustos de mármol y bronce hasta Pompeya, no ocultaban su obesidad y su papada. El mensaje detrás: el emperador disfruta de la vida, vosotros también podéis.

El puerto de Pompeya, en la desembocadura del Sarno, está a tope. Se carga madera, lana y salazones del interior montañoso, y se embarca cuanto se puede antes de que las tormentas de otoño vuelvan demasiado peligrosa la navegación. Además del latín, en la ciudad se hablan muchos otros idiomas. El griego de los maestros de retórica, pero también de los marinos y prostitutas del Mediterráneo oriental, donde es la principal lengua de comunicación (también los cristianos se servirán de esta lengua para difundir su nueva). También se escucha arameo, el idioma del Levante que hablaban Jesús y sus adeptos. Y el templo de Isis de la ciudad exhibe piedras con jeroglíficos egipcios —si bien es dudoso que alguien los entendiera—; el texto no tiene absolutamente nada que ver con Isis o Pompeya, y solo pretendería transmitir algo de ambiente egipcio. En un muro junto al teatro se descubrieron inscripciones en safaítico, un dialecto norarábigo antiguo de la zona entre Siria y Jordania. Y si se le pedía a alguna esclava del extremo norte, reconocible por su macarrónico latín (hoy los podemos identificar gracias a análisis de ADN e isotópicos de los dientes), que dijera un par de frases en su lengua materna, se captaban sonidos de

dialectos celtas y germánicos, a los que los romanos reaccionaban con una mezcla de horror y fascinación.

En el foro, entre las estatuas del emperador y las autoridades, se paseaban los primeros espadas de la política local. A la sombra de los pórticos que jalonaban la plaza central de Pompeya, saludaban a izquierda y derecha, siempre un poco alto, para que lo oyeran todos. En Pompeya, antes de las elecciones era tras las elecciones. Cada año se votaba a los jefes de la administración municipal, y quien quisiera estar en el ajo debía dejarse ver entre sus electores. Se reconocía a los candidatos por la toga, que destacaba por su color particularmente blanco. *Blanco* es *candidus* en latín, y de ahí proviene nuestra palabra *candidato*: el *candidatus* es literalmente el «blanqueado». De vuelta en casa, se iban a cenar con vistas al jardín, donde chapoteaba una fuente. Allí los miembros de la clase alta concertaban los acuerdos decisivos y realizaban negocios lucrativos.

En las tierras de alrededor se preparaba entretanto la cosecha. Pompeya queda en la *Campania felix*, como se llamaba la región en la Antigüedad.

Feliz era la Campania ante todo por su fértil suelo volcánico. Se sumaba su pintoresco emplazamiento junto al mar, que hizo que la región se convirtiera en lugar de retiro para senadores ricos y emperadores que se construían allí mansiones. También en el entorno de Pompeya halló más de uno reposo del bullicio de la capital. El famoso político y escritor Cicerón tenía allí una villa, igual que Agripa Póstumo, un nieto del emperador Augusto. En Oplontis, una localidad portuaria no lejos de Pompeya, se excavó una fastuosa villa que debió pertenecer a Popea, la segunda esposa de Nerón. Entre villas y granjas, como la excavada al norte de Pompeya en Boscoreale, se extendían campos de cereales, huertas y árboles frutales. Pero sobre todo las vides caracterizaban el paisaje. Cuando un notable de la ciudad hizo pintar sobre su altar doméstico un fresco de la zona de la que debía de obtener su considerable riqueza, lo plasmó así: el Vesubio sobre

una imponente roca aún visible hoy (el Monte Somma); sus laderas cubiertas de vides; de pie el dios del vino, Dioniso, coronado de hiedra y cubierto de arriba abajo de uvas.

La imagen del dios velaba también sobre las prensas de uvas en las granjas, donde se estaban limpiando los *dolia*, enormes toneles de barro empotrados en el suelo, a fin de prepararlos para la próxima cosecha. Pero el vino que maduraba ese año en las uvas de las laderas del Vesubio no iba a ser bebido nunca.

La catástrofe que nadie vio venir

Nada hacía prever la inminente catástrofe. Y sin embargo algo estaba cociéndose bajo la superficie. Fue el último verano de Pompeya. Muy pronto la ciudad, junto con la vecina Herculano, será solo un recuerdo, sepultada bajo ceniza y piedras pómez.

El Vesubio, que el fresco de Pompeya muestra en calma al sol, es un volcán —aunque pocos lo saben—. Quizá tampoco quiera saberlo quien gana dinero. El pánico perjudica al negocio. El hecho es que ciertos autores de generaciones previas ya escribieron que el monte escupe fuego. Pero ¿quién lo ha leído? En la Antigüedad no había imprenta; los «libros» consistían en rollos de papiro copiados a mano. Su precio era alto; su número, limitado. Pocos tenían acceso a ese saber —también porque pocos leían—. Se estima que solo cerca del veinte por ciento de la población masculina sabía leer y escribir, entre las mujeres serían menos aún. En suma: lo que se conociera sobre la naturaleza volcánica del Vesubio llegaba solo a una pequeña fracción de los habitantes —y entre ella más de uno tenía seguramente escaso interés en que se difundiera ese saber.[5]

Más cuando la ciudad había sido sacudida por un fuerte terremoto en el año 63 d. C. Un duro golpe no solo por las numerosas vidas humanas que costó, sino también por las secuelas económicas. La ardua reconstrucción resultó aún más ardua por las dudas sobre la seguridad del lugar. Quien pudo,

prefirió marcharse: villas como la de la emperatriz Popea o la llamada Villa de los Misterios a las puertas de Pompeya estaban deshabitadas en el momento de la erupción del Vesubio, salvo por administradores y personal laboral, léase: esclavos. Los señores se habían buscado otros centros vacacionales.

Cuando en vísperas de la erupción de 79 d. C. volvieron a sucederse los temblores de tierra, puede que alguno perdiera el ánimo. Pero seguramente nadie pensó que tuvieran algo que ver con una erupción inminente. Se aplicaron con estoicismo a reparar muros, conducciones de agua, tejados. Al Hades con los empeñados en aguar la fiesta.[6]

Y no faltaban. No solo rugía la tierra. También en la sociedad local se abrían grietas. No las que se hubieran percibido en el foro, con sus estatuas y políticos. Tampoco se notaba gran cosa en los banquetes y recepciones en las casas de los ricos. Y entre los eruditos, intelectuales y filósofos casi pasó desapercibido el temblor espiritual de la época; tenían la mirada demasiado fija en los centros del mundo antiguo: las escuelas filosóficas de Atenas, la biblioteca de Alejandría, los círculos poéticos de Roma.

Fue en las tabernas y tugurios, alojamientos de esclavos y burdeles, casas y viviendas pequeñas, talleres y tiendas, donde primero se notaron las sacudidas. Porque allí nadie se apegaba al orden existente, demasiados no tenían nada que perder y todo que ganar. Ante todo: dignidad. Hasta un tercio de la población, se calcula, vivía en la esclavitud, era «propiedad» de otros. Desde la perspectiva antigua estaban excluidos por principio de la dignidad, *dignitas* en latín, igual que los pobres, jornaleros y pequeños artesanos, que no podían participar en la vida pública. No tenían ni el tiempo ni el dinero para ello. Por eso, una doctrina revolucionaria que literalmente ponía patas arriba todos los valores del orden existente tuvo eco allí. No eran muchos aún, pero suficientes para expandirse poco a poco por las arterias y venas del Imperio, sus puertos, barrios residenciales y carreteras, a la sombra de acontecimientos mucho más importantes en apariencia.

Para encontrar huellas de todo ello en Pompeya debemos acudir a una de las zonas de peor fama en la ciudad. Desde la calle principal, bautizada «Via dell'Abbondanza» en tiempos modernos, giramos a una callejuela. Pasamos en ligera curva junto a los baños públicos, las termas de Estabia. Sobre una entrada trasera, las letras *MULIER*: por aquí entraban a bañarse las mujeres, al ala de las termas reservada para ellas. Es claramente más pequeña que la de los hombres.

«Calleja del Lupanar», *vicolo del Lupanare*, se llama la callejuela en los planos de los arqueólogos; no sabemos cómo la llamaban en la antigua Pompeya, es muy posible que recibiera un nombre similar. Porque aquí se halla un edificio único a su manera, del que no hay nada análogo en el mundo antiguo (puede deberse a las especiales condiciones de conservación en Pompeya). El «Lupanar» era el burdel, un sitio en el que tener sexo por dinero. La mayoría, si no todas, de las trabajadoras sexuales eran esclavas.

La planta baja dispone de dos entradas, casi como una galería comercial. Hay cinco cuartos a ambos lados del pasillo, aislables con una cortina. En cada uno una cama de mampostería con un colchón sencillo. Sobre las puertas hay pintadas escenas sexuales que muestran parejas en distintas posturas. ¿Inspiración para los clientes o emblemas para identificar a las meretrices... o quizá ambas cosas? Al final del pasillo una letrina, el espacio de apenas 50 metros cuadrados se aprovecha al máximo. En el piso de arriba una vivienda a la que se accedía por una escalera exterior. Allí vivía seguramente el encargado.

Más que la arquitectura y las pinturas son los grafitis, grabados en la pared o escritos con carbón, los que brindan una impresión de la vida en esas esferas. Muchos de ellos son tan obscenos que generaciones anteriores de estudiosos simplemente se negaban a traducirlos. Se publicaban y comentaban rigurosamente en latín.

Hace poco Vincent Hunink quiso reproducirlos en alemán —lo sé, las traducciones no son fáciles de soportar, pero brindan una impresión del mundo de entonces—. Quien lo desee puede saltarse el siguiente párrafo (otros similares se indican con * en lo que sigue). He aquí una selección de los grafiti del Lupanar:

* «Félix, follas bien» (El mismo texto aparece también con distintos nombres; «follar» reproduce aquí el latín *futuere*, que perdura con el mismo significado en italiano como *fottere*; pero también puede significar «untar», «tomar el pelo».) — «Febo, perfumista, folló (aquí) de maravilla» — «Harpocras folló bien aquí con Drauca por un denario» (un denario supone aproximadamente un jornal, lo que es bastante) — «Beronice disponible (aquí) para follar» (Beronice es un nombre de mujer de origen griego, frecuente entre prostitutos de ambos sexos: no todos eran de Grecia, a veces un nombre exótico solo lo aparentaba.) — «Quiero dar por culo» (La palabra latina es *pedicare* o *paedicare*.) — «Al llegar aquí, follé; luego me volví a casa» — «¿La cuenta? Si me la presentas, Batacaro, te daré por el culo» — «Fronto come coños» — «Fortunata mama» — «Myrtis, mamas bien» (De nuevo un nombre de mujer griego...) — «Aquí me he cepillado a muchas chicas» — «Cuesta dos ases» (Dos ases son la octava parte de un denario.)[7]

Frente al Lupanar hay una casa grande. Puede que en su día fuera un hogar respetable, dada su forma tradicional: en torno al atrio, un patio interior con abertura rectangular en el techo, se distribuían los dormitorios, frente a la entrada la sala de recepciones, el *tablinum*, detrás el jardín. Que en nuestro caso queda algo apartado, inserto en el laberinto de salas y viviendas de la manzana, pero a cambio es bastante extenso.

Parece que en algún momento esta espléndida casa decayó. Una sala que da a la calleja del Lupanar pasó a ser una taberna. Bajo la escalera al piso superior se instala un cuarto con cama, igual que las celdas del Lupanar. El minúsculo espacio tiene acceso directo desde la calle. Sobre la puerta, un

pene erecto de piedra saluda a los transeúntes. Se cree que la casa misma fue transformada en albergue. Viajeros de todas las esquinas del Imperio podían alojarse aquí, seguramente por poco dinero, teniendo en cuenta que se hallaban en el barrio rojo de Pompeya.

Poco antes de la erupción del Vesubio alguien escribió algo en la pared con un trozo de carbón, quizá tras un par de copas de vino. La inscripción fue descubierta en 1862 en el atrio de la casa y pronto se borró. Hoy no queda nada de ella. Solo se han conservado dibujos realizados al poco de descubrirla. Por desgracia no están muy claros, las letras garabateadas resultan difíciles de descifrar. Pero hay algo que sí es evidente: trata de los cristianos, *christiani* en latín.

En base a inscripciones conservadas, la experta italiana Margherita Guarducci explicó de manera convincente en 1962 que la primera de las dos líneas decía: *Bovius audi(t) Christianos*; «Bovios —un nombre propio de varón— escucha/sigue a los cristianos». En 2016, Enrico Tuccinardi propuso leer la segunda línea como: *s(a)evos (h)o[rr]ores*. El texto cobraría así un significado algo distinto: «Bovios escucha/sigue las horribles anormalidades cristianas».[8]

Independientemente de cómo haya que descifrar la inscripción, lo que está claro es que en Pompeya habían oído hablar de la nueva secta de los *christiani*. Y parece que se los veía con desconfianza, dado el tono difamatorio: mirad a este tipo, Bovios, que hace como esos locos degenerados.

Lo de que los cristianos practicaran «anormalidades» se remontaba entre otras cosas a un equívoco generalizado sobre la cena ritual que parece haber sido central desde el principio. El pan que, según debió decir Jesús, es «mi carne», el vino, que es «mi sangre»... ¿es que acaso eran caníbales?

La gran pregunta

Casi dos mil años después, la influencia de los *christiani* del tugurio pompeyano resulta incalculable. No solo porque más de dos mil quinientos millones de personas en todo el mundo

profesan esa fe. La cultura occidental entera es impensable sin el cristianismo. Esto vale por supuesto para el arte, la filosofía y la arquitectura de influencia cristiana. Pero también para productos de la cultura occidental que aparentemente no tienen nada que ver con el cristianismo o incluso están en abierta oposición a él. La Ilustración por ejemplo: ¿es concebible siquiera su idea de liberación sin la tradición cristiana? Lo mismo cabe decir de la metáfora ilustrada de la luz que atraviesa tinieblas de ignorancia y superstición. Los paralelismos con las prédicas de los primeros cristianos contra la superstición pagana de los antiguos romanos son evidentes. Y la fe en la ciencia como fuente de verdad absoluta: ¿no sustituye a «Dios» por otra instancia superior?

Otro ejemplo: cuando la evangelización cristiana pierde credibilidad como fundamento ideológico del colonialismo europeo, entre otras cosas porque en Europa se extienden la racionalidad y el escepticismo, el lugar del mensaje cristiano pasa a ocuparlo la promesa salvífica de la «civilización»: quien ingresa en la comunidad de fe del progreso global, y se deja inspirar por el espíritu del libre mercado, puede aspirar a las bendiciones de la civilización moderna... al menos en teoría.

Algo parecido cabría argumentar con respecto al comunismo, pese a su hostilidad al cristianismo. ¿No muestra sin embargo numerosos rasgos de una religión sustitutoria? ¿Es concebible la expectativa del triunfo del comunismo, la igualdad y la fraternidad de todos los seres humanos, sin la esperanza judeocristiana de la llegada del Mesías?

Se ha especulado mucho sobre cómo una pequeña secta judía, que vio en un predicador galileo al salvador del mundo, cobró tanto peso —y con razón—. Porque era todo menos previsible. Al contrario: la doctrina cristiana se oponía frontalmente al sentido común de la época. ¿Qué llevó a las y los habitantes del Imperio más poderoso del mundo antiguo a abrirse a ella? ¿Cómo pudo llegar a darse la mayor revolución espiritual de Occidente?

Si tuviera que elaborar una lista de las cinco preguntas esenciales de la Historia, esta sería una. Encontrar una respuesta clara a ella es complicado. Algunos la encuentran a nivel puramente religioso: Jesús era el Hijo de Dios, así tuvo que ser. Otros ven grandes procesos históricos detrás. El filósofo Karl Jaspers acuñó el concepto de Era Axial. Se refería a la época entre 800 y 200 a. C., cuando en China, India, Persia, Israel y Grecia se sentaron en paralelo los fundamentos de la ética y la espiritualidad moderna. Desde el punto de vista de Jaspers, el cristianismo es el «gozne» entre el nuevo comienzo griego-israelí del primer milenio antes de Cristo y la Europa moderna.

¿O fue solo un azar de la Historia universal? ¿Habría podido ser todo de otro modo?

El Imperio romano aún hubo de vivir muchos veranos después del año 79 d. C. En los templos de los antiguos dioses se siguió sacrificando largo tiempo, y el emperador, que protegía las fronteras del Imperio, era también el *Pontifex Maximus*, «sumo constructor de puentes» entre los humanos y los dioses, un título que adoptaría el papa.

Y, sin embargo, el último verano de Pompeya es también un poco como el último verano del mundo antiguo, precristiano. Porque lo que el Vesubio conservó para nosotros bajo su ceniza nos presenta de nuevo el esplendor y la miseria de toda una época antes de su ocaso. En la oscuridad de las turbulencias que traerá sobre Europa Central y Occidental el colapso del Imperio romano de Occidente en 476 d. C., el cristianismo será la estrella fija que hará posible pensar siquiera algo así como una historia común «europea», pese a la dispersión del poder político, la lengua y la cultura. La lengua del Imperio, el latín, sobrevivirá como lengua de la Iglesia; y gran parte de cuanto poseemos de la ciencia y la literatura antiguas se conserva gracias a los monasterios donde los monjes copiaban los viejos textos. Oficialmente lo hacían solo para poder traducir y entender mejor los escritos judíos y cristianos de la Antigüedad.

¿Asoma ya la sombra de lo venidero tras la brillante fachada del Imperio? ¿Está ya en el aire, en aquel verano de 79 d. C., el incipiente otoño del mundo antiguo y sus dioses? Creo que sí. Pompeya nos muestra no solo la belleza del mundo antiguo, sino también sus grietas y sus sombras. Y justamente en ellas hallará suelo fértil, echará raíces y florecerá una nueva forma de espiritualidad. Sin sombras no hay crisis; y sin crisis no hay desarrollo: esto vale no solo para nuestro camino personal, sino también para la Historia en su conjunto.